

católicos mexicanos, por ejemplo, miramos como hermanos y pertenecientes á la misma Iglesia á los católicos de toda la que fué América española, de los Estados-Unidos, de España, Portugal, Francia, Inglaterra, Irlanda, Italia, la Alemania en sus diversas divisiones etc. hasta los que se encuentran en los lugares mas remotos de la Africa y de la Asia; y si en cualquiera parte del mundo católico se preguntara á quienes se reconocian ahí como miembros del cuerpo de la Iglesia á que ellos pertenecen, dirian absolutamente lo mismo que decimos en México: y no solo esto, sino que los católicos del siglo XIX reconocemos como hermanos é hijos de una misma Iglesia á todos los católicos de cualesquiera pueblos de los siglos anteriores; y á todos sus escritores religiosos los miramos en este sentido como nuestros: Santo Tomás y San Buenaventura existieron en el siglo XIII, y cualquier católico dice: «Son lumbreras de la Iglesia á que pertenezco» lo mismo dice respecto de San Agustin, San Ambrosio, San Gerónimo que florecieron en el siglo V, y lo mismo asegura de los Padres de todos los siglos anteriores hasta llegar á los Apóstoles. Tan viva así es en todos los católicos la idea de la unidad de su Iglesia. ¿Y esa idea indestructible y universal, esa convicción firmísima podria tener otro origen que no fuera la notoriedad de la identidad de la Iglesia Católica desde Jesucristo hasta nosotros?

Siendo pues incontestable esta identidad, para no recibir con toda certidumbre lo que la Iglesia Católica nos enseña, seria necesario poner en duda el cumplimiento de las promesas del Salvador, y por consiguiente negarle la Divinidad, en cuyo caso ya no tendríamos que tratar con protestantes que vienen reconociendo á Jesucristo como Dios, sino con incrédulos que lo miraran á lo sumo como un filósofo. ¿Por qué solo dudando de las promesas del Salvador podriamos dudar de la enseñanza de la Iglesia? Porque á esa misma Iglesia que seria visible como ciudad colocada sobre una montaña, á esa misma Iglesia que habria de atravesar la prolongada serie de los siglos, le prometió su Fundador hacerla invencible contra todos los ataques del infierno, la aseguró de la ilustracion del Espíritu Santo, y de su asistencia hasta el fin de los siglos. Dijo el Señor á S. Pedro: «Tu eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.» [S. Mateo cap. 16 v. 18.] Dijo á sus Apóstoles: «Yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador para que permanezca con vosotros para siempre el Espíritu de Verdad.» [S. Juan cap. 14 vs. 16 y 17.] Dijo tambien á los Apóstoles cuando los envió á predicar el Evangelio por todo el mundo: «Hé aquí que Yo estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion de los siglos.» (S. Mateo cap. 28 v. 20.) ¿Y qué mayor triunfo podria obtener el infierno en contra de la Iglesia que el de lograr que cayera en el error? ¿Cómo podria entenderse que permaneciera el Espíritu de la Verdad con una sociedad que estuviera enseñando la mentira? ¿Cómo se conciliaria esta misma falsa enseñanza con la continua y perpetua asistencia de Jesucristo que es la misma Verdad? Bastaria que la Iglesia pudiera caer en un solo error para que quedara demostrada la falsedad de las promesas que le hizo su Fundador: ¿qué concepto pues deberia formarse de estas mismas promesas si, como dicen los protestantes, hubiera incurrido la Iglesia no en uno sino en multitud de errores, hasta llegar al extremo de enseñar, de practicar y de mandar la idolatría? Si esto hubiera

sucedido, entonces todas las magnificas promesas contenidas en el Evangelio en favor de la Iglesia no serian otra cosa sino un engaño, una seducción, una burla que Jesucristo habria hecho de nosotros: y como es imposible que Dios mienta, que seduzca para el error y que se burle de sus criaturas, por el mismo hecho de que aparecieran falsas las promesas hechas á la Iglesia en el Evangelio, quedaria demostrado que Jesucristo no era Dios. Hemos tenido pues razon al asegurar que para poner en duda la enseñanza de la Iglesia es necesario llegar hasta la negacion de la Divinidad del Salvador. Lógicamente no puede ser de otro modo.

Para que los protestantes pudieran evadirse de caer en este abismo seria preciso que nos mostraran alguna otra sociedad de adoradores de Jesucristo distinta de la Iglesia Católica en que se encontraran en el siglo XIX todos los caracteres de identidad moral con la Iglesia fundada por los Apóstoles en el siglo I, y que presentándonos su historia no interrumpida desde esa época hasta nuestros dias, nos obligaran á reconocer en ella á la Iglesia de Dios que habia de durar perpetuamente sobre la tierra hasta el fin de los tiempos. ¿Pero dónde encontrarán esta sociedad? Desde que ellos se dejaron ver en el mundo se les ha exigido que la muestren, y jamás lo han hecho porque les es imposible. En efecto: ¿Dónde podrán hallarla? Todas sus sectas son recientes: la mas antigua tiene su origen en la rebelion de Lutero, es decir: á ninguna de ellas le es posible remontarse mas allá de tres siglos y medio. Y antes de esta época ¿qué es lo que se les presenta? Inútilmente buscarán en todo el mundo un solo protestante, no verán en todas partes sino el hecho grandioso del Catolicismo dominando al mundo: católica es la Europa, católicos todos los pueblos que despues se separaron de la Iglesia, católica es la Inglaterra toda y la Alemania, católicos tambien los que fueron despues corifeos de la pretendida reforma, y católico el mismo Lutero. Perdida, absolutamente perdida está la causa del protestantismo. ¿Qué hará para salvar este abismo que media entre él y los Apóstoles? ¿Cómo podrá ponerse en contacto con ellos? ¿Por qué caminos misteriosos, imperceptibles y ocultos á todo el género humano podrá continuarse por todos los quince siglos que los separan de los Apóstoles y en que ni la vista mas perspicaz alcanza á descubrir un solo protestante? En tal conflicto no quedan á los protestantes sino dos recursos: ó decir que les han pertenecido todos los hereges de todos los tiempos, ó negar absolutamente la constante permanencia de la Iglesia de Jesucristo, supuesto que ántes de Lutero no encuentran ellos en la única Iglesia conocida como cristiana sino la sinagoga de sataná y una gran reunion de idólatras organizados en sociedad y con pretensiones de ser la Iglesia de Jesucristo. Mas lo primero es por cierto un tristísimo recurso, porque respecto de todas las heregias se sabe cuando nacieron, cómo se propagaron, cómo se dividieron y debilitaron, y por último como perecieron: las heregias no se continúan entre sí ni mucho menos pueden unirse con los Apóstoles, pues las que aparecieron, en los tiempos de los Apóstoles fueron reprobadas por ellos, y todas las demas son posteriores, antecediendo siempre á todas la Iglesia Católica de que se separan y que las condena: además, si los protestantes quisieran formar un solo cuerpo con todos los hereges y decir que les pertenecen cuantos han enseñado el error en todos los siglos, ¿qué otra cosa harian sino pro-

nunciar ellos mismos la sentencia de su condenacion? Decir lo segundo, á saber, que la Iglesia de Jesucristo dejó de existir sobre la tierra, seria afirmar que faltaron las promesas del Salvador, seria llamar impostor al mismo Dios.

Un abismo llama siempre á otro abismo; el que desbarra una vez, cuanto mas se empeña en sostener su error, tanto mas se precipita en mayores absurdos. Esto ha sucedido á los protestantes cuando han pretendido que un laberinto de sectas cuyo principio está en el siglo XVI sean el Cristianismo fundado por el Salvador de los hombres, y que el caos de errores que pululan en esas sectas sean la Religion de verdad enseñada en la tierra por la Verdad Eterna; cuando se han obstinado en desconocer el hecho universal, incontestable, lleno de luz de la permanencia de la verdadera Iglesia en el Catolicismo que se extiende por todo el mundo y asciende por todos los siglos desde nosotros hasta Jesucristo. ¿Qué extraño es segun esto, que la última resolución del protestantismo venga á hacerse en la incredulidad, la impiedad y aun el ateísmo; supuesto que no puede sostener las ideas que en él aparecen como fundamentales, sino presentando á Dios como engañador?

PRESB. AGUSTIN DE LA ROSA.

OBSERVACIONES AL DISCURSO APOCRIFO Y HERETICO ATRIBUIDO AL SR. OBISPO STROSSMAYER CONTRA LAS PREROGATIVAS DEL SUMO PONTIFICE Y REPRODUCIDO EN VARIOS PERIODICOS. — EXAMEN DE LOS DEMAS ARGUMENTOS ADUCIDOS CONTRA EL PRIMADO DE SAN PEDRO.

(Continúa.)

VIII.

«El mismo apóstol Pablo», continúa el enmascarado enemigo del Pontificado, «al enumerar los oficios de la Iglesia, menciona Apóstoles, Profetas, Evangelistas, Doctores y Pastores.

¿Es creible, mis venerables hermanos, que San Pablo, el grande Apóstol de los Gentiles, olvidase el primero de estos oficios—el papado—si el papado fuera de divina institucion? Ese olvido me parece tan imposible como el de un historiador de este Concilio que no hiciese mencion de Su Santidad Pio Nono.»

Este argumento, que tal vez cree fulminante el cómico escritor á quien por esta vez gustó representar el papel de obispo, es el primero que va seguido de las farsas dramáticas y parlamentarias creadas por la febril y dememente fantasia de su desorganizado cerebro y las cuales tuvo á bien impu- tar, con tanta justicia y verdad como la de la autenticidad del discurso y la del oficio pastoral del verdadero autor de él, á la asamblea mas eminente y veneranda del siglo XIX. Por supuesto, no negamos que no despojándose de la humana fragilidad el hombre por su ingreso al estado mas santo y á la jerarquía mas augusta, puede muy bien, arrastrado de la pasion, atentar contra el orden de una manera indecorosa aun en el fondo mismo del san-

tuario, de lo cual la historia presenta sin duda algunos deplorables ejemplos. Tampoco negamos que si realmente un obispo hubiera osado en un concilio ecuménico proferir tantos errores, tantos desatinos, tantas heregias como las que encierra el discurso que impugnamos y en las que se zahieren y se niegan dogmas tiempos ha definidos por la Iglesia y acatados por el mundo, el disgusto y la reprobacion de todos los Padres se hubiera explicado de una manera terminante y clara, y el orador que de tal modo hablara y no se retractara hubiera sido segregado del Concilio y del Catolicismo. Pero la realidad es que ni el Sr. Strossmayer concibió el fárrago monstruoso que se le atribuye, ni el recinto del templo fué profanado con los ecos nefandos de la heregia, ni el mas mínimo desorden se atravezó en las deliberaciones majestuosas del sacrosando sinodo, ni resonaron, en fin, las supuestas voces y los gritos inventados de *silencio! hereje, silencio! etc.*, y las duras contestaciones del orador, aunque muy bien hubiera sido acreedor á esas y otras demostraciones un obispo de semejante especie, y bien lo es el detractor é impostor que inventó y dió á la luz pública la pieza que sin pudor y con tanto descaró apropia á un respetable Prelado del Concilio Vaticano. Las sesiones todas del sublime congreso, se verificaron con un orden, con una dignidad, con un decoró y con una armonía, que en todo revelan el Dedo de Dios en la direccion de su Iglesia y la eficacia del elemento católico en todo lo que es grande y maravilloso y en cuanto refluje decisivamente en el bien y verdadero progreso de la humanidad. Notado esto por lo que ve á la parte dramática del argumento, descendamos al análisis de su parte doctrinal.

En dos distintos pasajes de sus escritos habla el Apóstol de los diferentes dones, estados y oficios que Jesucristo estableció en su Iglesia para la edificacion de su cuerpo místico. En la Epístola á los Efesios [cap. 4 v. 11.] á que parece referirse el argumento en cuestion, dice el Santo, hablando de Jesucristo: «Y el mismo dió á unos ciertamente Apóstoles, y á otros Profetas, y á otros Evangelistas, y á otros Pastores y Doctores,—Para la consumacion de los santos, en la obra del ministerio, para edificar el cuerpo de Cristo.» En la Epístola 1.^a á los Corintios (cap. 12 v. 28) habla del mismo asunto con mas latitud y en los antecedentes y consiguientes describe extensamente la armonia perfecta y acabada organizacion del cuerpo místico de Jesucristo haciendo vivas comparaciones entre ese cuerpo sagrado y el cuerpo humano. Seguramente despues de la meditacion de estos pasajes pregunta con aire de triunfo el argumentador: *¿Es creible que San Pablo, el grande apóstol de los Gentiles, olvidase el primero de estos oficios—el papado—si el papado fuera de divina institucion? Ese olvido me parece tan imposible como si un historiador de este Concilio no hiciese mencion de su Santidad Pio Nono.* Vamos por partes.

¿De dónde se infiere que San Pablo haya olvidado el primero de los oficios de la Iglesia—el Papado? Será por ventura de que no haya mencionado esa dignidad designándola con ese nombre? Mas esta dificultad no es digna de otra respuesta que del desprecio y la rechiffa. Los nombres sucesivamente aplicados á las cosas no son las cosas mismas, aunque arbitrariamente las designen. ¿Será acaso de que no enumera uno por uno los diferentes grados de la jerarquía eclesiástica? Esta deduccion es absurda. De que

al especificar el Apóstol los diferentes estados y ministerios de la Iglesia no descienda á la individuacion de los órdenes contenidos en cada especie no puede legitimamente seguirse que no los haya tenido en cuenta: de otra manera, á uno que mencionando las diferentes clases de la sociedad mexicana abarcara en una los empleados civiles y militares se le podria inculpar justamente el haberse olvidado del Ejecutivo de la Union, del presidente de la Corte de Justicia, de los generales de division etc., etc.; pues el caso es enteramente análogo. Por tanto, así como al hablarse de los funcionarios públicos no se excluye á ninguno que lo sea, cualquiera que fuere el puesto que ocupare en la administracion, así tambien el Apóstol de las Gentes bajo la amplia denominacion de *pastores y doctores* comprende todos los grados de la gerarquía eclesiástica en los cuales el Sumo Pontífice ocupa el lugar prominente. La potestad de enseñanza y gobierno es una sola en la especie, y bajo tal aspecto la menciona San Pablo en este lugar; pero esa especie, así como por analogía en la jerarquía civil, es una larga escala en cuyo escalon último descuella la dignidad soberana del Papado formando el centro de donde parten y á donde convergen todas las ramificaciones del poder legislativo, judicial y ejecutivo de la Iglesia. A toda esa escala grandiosa se refiere San Pablo en las palabras *pastores y doctores*; y, por lo mismo, es falso, es absurdo, que *al enumerar los oficios de la Iglesia haya perdido de vista el primero de estos oficios, el papado.*

Por lo demás, es cierto que no habla de una manera explícita de esta institucion; pero el silencio del Apóstol en este sentido de ningun modo absolutamente prueba que ella no sea de institucion divina. Al enumerar los ministerios de la Iglesia á los Corintios y á los Efesios no habia necesidad ninguna de hablarles del Pontificado con esa especialidad que extraña tanto el escritor herético. 1.º Porque los fieles á quienes se dirigian las divinas cartas conocian perfectamente la jerarquía de la nueva sociedad sin que nadie pusiese en duda la universal jurisdiccion del Príncipe de los Apóstoles. Las disenciones y contiendas que el Apóstol se proponia extinguir en nada tocaban á la organizacion administrativa de la Iglesia, en nada menoscababan ni aludian á la autoridad suprema de San Pedro. Eran únicamente movimientos de la vanidad originados ocasionalmente de los dones que cada uno recibiera. Si uno de los puntos de discusion hubiera sido el Primado de San Pedro, el Apóstol habria sido el mas celoso apolo-gista de los sagrados derechos del gefe de la Cristiandad. Cuando una verdad es combatida se defiende. Cuando es desconocida se manifiesta. Cuando es aceptada se supone. Conforme á esto se condujo el Apóstol en la enumeracion de los oficios de la Iglesia en lo que al Papado mira y la misma conducta ha observado la Iglesia en todo tiempo. Por eso en los años últimos en que el infierno todo coligado se ha abalanzado enfurecido mas que nunca contra la Cátedra de San Pedro, la Iglesia reunida y formada en orden de batalla en el Concilio Vaticano ha librado un formidable combate al error enmascarado hipócritamente con el mentiroso antifaz de *idea moderna, civilizacion moderna, progreso moderno, derechos de la razon etc., etc.*, y con la definicion dogmática de la mas augusta de las verdades concernientes á las prerogativas del Pontificado ha hendido de medio á medio la cabeza al mons-

truo abominable de la heregia; ha quedado con su frage puramente militar, toda hermosa y sin mancha, emitiendo de sus refulgentes armas rayos de inextinguible luz por todos los ámbitos del mundo, mientras que el error en su despecho exhala espantosos rugidos, presagios de su infernal agonía, y pronto quedará sepultado bajo la descarga misma de las tempestades con que amenazaba envolver y aniquilar el orden social y religioso. Escrito está y así se verificará: *Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.* Mas volviendo á nuestra primera razon, el santo Apóstol no habla, pues, explícitamente del Papado y solamente lo supone, porque era una institucion entónces profundamente acatada por los fieles á quienes escribia. 2.º Además de ser acatada, los Libros Santos, así en el Nuevo como en el Antiguo Testamento, la daban á conocer superabundantemente, ya de una manera clara y precisa como en varios de los testimonios que adujimos para probarla y otros muchos que omitimos por brevedad, ya de un modo figurado y simbólico pero accesible á todas las inteligencias, como son todos aquellos lugares en que se representa á la Iglesia por un redil, por un reino, por una ciudad, por una nave, etc. etc.; no habia, por lo mismo, exigencia ninguna de que cada apóstol, en cada escrito, en cada capitulo y en cada versículo relativo á la potestad de la Iglesia individuase los grados de la jerarquía eclesiástica y hablase, por consiguiente, del Papado de una manera especialísima. 3.º En los mismos antecedentes y consiguientes de los lugares citados de las cartas á los de Efeso y á los de Corinto se expresa de tal manera el escritor sagrado acerca de la organizacion de la Iglesia, que bastantemente da á entender á los fieles la dependencia de todos, eclesiásticos y seglares, pastores y ovejas, de un solo Gefe, de una sola Cabeza, que es Jesucristo, por medio de su Vice-gerente en la tierra, el Pastor de los Pastores y Padre universal de los fieles, el Papa. Para persuadirse de esto basta solo considerar con alguna atencion las magníficas y animadas ideas que da acerca del cuerpo místico de Jesucristo por comparacion al cuerpo humano. Por no ser difusos no copiamos á continuacion los pasajes en que hace la mas viva pintura del mismo. Unicamente nos fijaremos en las frases que dicen relacion directa al supremo poder espiritual. «Hasta que todos lleguemos, dice, *en la unidad de la fé, y del conocimiento del Hijo de Dios, á varon perfecto,*» (Efes. IV. 13.)—«Para que no seamos ya niños *fluctuantes, y nos dejemos traer en derredor de todo viento de doctrina,* por la malignidad de los hombres que engañan con astucia en error» (Id. IV. 14.)—«*Un cuerpo y un espíritu, como fuisteis llamados en una esperanza de vuestra vocacion. —Un Señor, una fé, un bautismo.*» (Id. IV. 4 y 5.)—«*Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, aunque sean muchos, son no obstante un solo cuerpo: así tambien Cristo.*» [Cor. XII 12.]—«*Mas ahora los miembros en verdad son muchos, pero el cuerpo es uno solo.*» (Id. XII 20.)—«Para que no haya disension en el cuerpo sino que todos los miembros conspiren entre sí á ayudarse unos á otros.» [Id. XII 25.]—«Y así á unos puso Dios en la Iglesia, en primer lugar Apóstoles; en segundo, Profetas; en tercero, Doctores etc.» [Id. XII 28.]—Ahora bien: ¿Cómo puede concebirse esa *unidad de fé y del conocimiento del Hijo de Dios,* en virtud de la cual no quedemos *fluctuantes ni nos*

dejemos traer en derredor de todo viento de doctrina; de qué manera se podrá formar un cuerpo y un espíritu con una fé, una esperanza y un bautismo, bajo un Señor, unidos todos los miembros con el vínculo de la caridad, de manera que no haya cisma en el cuerpo, ocupando cada miembro su lugar, unos como apóstoles, otros como profetas, otros como doctores, etc. etc., todo esto, repetimos, cómo puede verificarse si no hay una cabeza, un gefe supremo visible que defina las verdades de la fé, que fulmine el anatema contra el error y la heregía, que resuelva inapelablemente las dudas, que dirima toda controversia, que obligue con penas á los opositores á someterse á sus fallos supremos ó los segregue del cuerpo como miembros muertos y podridos cuando fueren contumaces, que pueda reprimir el cisma por cuantos medios fueren conducentes, que mande y gobierne á los gefes mismos y pastores de la Iglesia, y que desempeñe, en fin, en el orden espiritual en la sociedad cristiana todos los oficios que en el orden temporal corresponden al poder político supremo? La anarquía religiosa sería la consecuencia inevitable contenida necesariamente en la organización del cuerpo místico de Jesucristo y de la Jerarquía eclesiástica sin el Papado. Esta es la verdadera teoría sobre este punto. La realidad, el hecho lo presenta de bulto el protestantismo en los siglos modernos. La descripción, por tanto, que el Apóstol hace de la economía divina del cuerpo místico del Salvador supone y arguye la existencia del Papado y la referencia implícita de sus palabras á la sagrada institución como fundada por el mismo Dios.

Después de esto, ¿qué tienen de común el formar la historia del Concilio Vaticano y el pasaje del Apóstol respecto de los dones, estados y oficios de la Iglesia? Salta á los ojos la disparidad inmensa que media entre la descripción histórica de una asamblea representante del Catolicismo, en cuya descripción el fin, el carácter esencial es precisamente la pintura del hecho con todos sus pormenores, á lo menos los culminantes como lo sería la asistencia y dirección del Gefe, del Presidente, de la Cabeza Suprema, del alma de la sagrada reunión, y entre la enumeración general específica de las gracias, ministerios y oficios de la sociedad cristiana, efectuada no con el especial objeto de dar á conocer á los fieles parte por parte, individual y minuciosamente todos los elementos aun los mas pequeños de la estructura interior y exterior de la jerarquía eclesiástica y de la Iglesia toda, para lo cual no aparecía entonces precisión de ninguna especie, sino tan solo sacando á colación tal enumeración con el intento directo y principal de reprobar y reprimir los avances de la soberbia y de la disensión surgida con pretexto de las diferentes gracias del Espíritu Santo, las que lejos de servir para fomento de la vanidad y de menosprecio hácia los otros, deben ser el mayor incentivo y un manantial perenne de caridad y de fraternal unión, de subordinación y de orden. Por tanto, el paralelismo citado que tanto llena al adversario del Papado es un paralelismo absurdo entre dos hechos de orden diferente; es una confusión lastimosa de las atribuciones de la historia con las de la corrección pastoral, unificando contra las inspiraciones del sentido común dos funciones de naturaleza diversa.

PRESEB. RAMON LÓPEZ.

ABUSO DE LAS PALABRAS "CRISTIANISMO" Y "CATOLICISMO."

Cristiano, Católico: estas dos palabras cuyo sentido neto y preciso se encontraba determinado hacia ya muchos siglos, están ahora sujetas á recibir de parte de los protestantes un significado violento y absolutamente contrario á aquel que les había fijado el sentir unánime de todos los pueblos desde los principios de la Religión de Jesucristo.

Muy pronto comprendieron los protestantes que les convenia apropiarse el nombre de *cristianos*, por mas que al hacerlo incurrieran en un reprehensible abuso y dejaran vacía de sentido esta palabra tan respetable. Ahora conocen que también les interesa llamarse *católicos*, aunque al tomar ellos este nombre ya nada significa. Por esto hemos visto que los que han venido á Guadalajara hicieron circular hace pocos meses un opúsculo intitulado «El Católico Cristiano» y últimamente ha empezado á publicarse un periódico protestante cuyo hombre es «El Católico reformado.» Habiéndoseles hecho por la prensa un reclamo por causa del nombre que impusieron á su nuevo periódico, dieron en el número 2.º del mismo una explicación del sentido que dan á estas dos palabras *Cristiano, Católico*; cuya explicación debe sernos muy útil tanto al presente como en las demás discusiones que se ofrezcan en adelante, supuesto que ha emanado de los mismos que han querido dar á estas palabras un sentido distinto de aquel en que las habían aceptado comúnmente los pueblos. Oigamos lo que dicen respecto del nombre de *cristiano*.

«La palabra Cristianismo comprende todas las ramificaciones derivadas de la Religión de Cristo.» «La palabra Cristianismo comprende todas Iglesias que adoran á Cristo.»

Para deshacer estos embrollos, busquemos históricamente el origen de la palabra *Cristiano*. Lo tenemos en el Libro Sagrado de los Hechos Apostólicos cap. 11 donde se refieren las conversiones hechas en Antioquia por San Bernabé, quien llevó después á San Pablo á aquel mismo lugar, donde estuvieron los dos por todo un año, y enseñaron una multitud, de manera que en Antioquia primeramente se dió á los discípulos el sobrenombre de *cristianos*: «Et annu totum conversati sunt ibi in Ecclesia: et docuerunt turbam multam, ita ut cognominarentur primum Antiochiae discipuli, Christiani.» (v. 26). Consta pues por las palabras del texto sagrado que acabamos de presentar que *cristianos* fueron llamados los discípulos que recibieron la Religión de Jesucristo por la enseñanza de los Apóstoles.

Fijado este punto, el que inmediatamente se ofrece á nuestra investigación es el siguiente: ¿Quiénes deben entenderse por discípulos de Jesucristo? Para determinarlo basta apelar al simple buen sentido. ¿Quién es discípulo de un maestro cualquiera? Sin duda lo es el que recibe su enseñanza. Pero hay esta diferencia entre los discípulos de los maestros humanos y los discípulos de Dios cuando se digna constituirse nuestro Maestro, que como los hombres están expuestos al error, los discípulos de otro hombre no están obligados á conformarse en todo y por todo con el modo de pensar de su maestro; pero quien tenga el sumo honor de llegar á ser discípulo de

★